

 INFORMES DE INVESTIGACIÓN
Y ENSAYOS INÉDITOS

La formación del universitario: Un gran desafío para la universidad

*Sandra L. Posada**

Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Agrarias

Resumen

La institución universitaria tiene el compromiso de formar seres humanos integrales, capaces de responder a los desafíos académicos, culturales y económicos que impone el orden nacional e internacional. Esta formación holística del hombre demanda que el currículo universitario fije su atención en la flexibilidad, la interdisciplinariedad y el desarrollo integral. Estas condiciones apuntan a la posibilidad de sobreponernos a los límites disciplinares y a la necesidad de desarrollar estrategias didácticas para lograrlo. El currículo, además de asegurar el aprendizaje de los elementos imprescindibles para el profesional calificado, debe garantizar una formación que permita la emergencia del ciudadano crítico. Para llegar a esta meta la universidad requiere profesores que han logrado un sano equilibrio entre la profundidad disciplinaria especializada y una amplia comprensión de la naturaleza humana.

Palabras claves: currículo, desarrollo integral, flexibilidad, interdisciplinariedad.

Abstract

The University has the commitment to educate integral human beings that are able to respond to the academic, cultural and economic challenges imposed by change at the national and international level. This holistic education demands that the curriculum focuses its attention on flexibility, interdisciplinarity and integration. All these conditions point to the possibility for overcoming disciplinary limits and to the need for didactic strategies to reach this goal. The curriculum, besides ensuring the learning of the essential elements to make a qualified professional, ought to guarantee an education that allows the emergence of the critical citizen. For reaching this goal the university requires teachers who have made a healthy balance between depth in disciplinary specialization and a wide comprehension of human nature.

Key words: curriculum, integral development, flexibility, interdisciplinary.

* Zoot, Esp, U de A. Integrante - Grupo de Investigación en Ciencias Animales – GRICA - sposada@agronica.udea.edu.co

Introducción

Pensar en la misión educadora de la universidad es aventurarse en un viaje con múltiples senderos, en el cual la búsqueda de nuevos destinos trae consigo momentos de encanto y asombro; pero también de incertidumbre y dificultad, que demandan esfuerzos para salir adelante. La universidad tiene un compromiso y una responsabilidad con la sociedad, toda vez que se espera que sus egresados sean individuos integrales, que respondan con excelencia a los desafíos que el país enfrenta. Por ello, desde sus inicios, la universidad ha precisado de profesores y estudiantes para la construcción conjunta del conocimiento, y su objetivo debe centrarse en una educación en lo superior, para lo superior y hacia lo superior (Borrero, 2004). En este sentido, este ensayo pretende generar espacios reflexivos que permitan comprender el papel del profesor universitario frente al conocimiento, la cultura y la educación en valores. Ser profesor universitario no solamente convoca al ejercicio de una docencia innovadora, sino que también demanda una actitud crítica e investigativa frente a las situaciones problemáticas que surgen de la sociedad, con el fin de que los estudiantes que están bajo su orientación sean personas responsables y comprometidas con la transformación de las comunidades y el desarrollo de la cultura en el entorno donde desplieguen su accionar profesional. Para el logro de estas metas, la universidad debe reflexionar sobre la capacitación de sus profesores, no limitando este aspecto al desarrollo disciplinar particular, sino resaltando la pertinencia del maestro en la formación de seres humanos.

Elementos fundamentales de la educación superior

No hay nada más complejo que la formación de una persona, por eso el currículo universitario debe centrar su atención en tres elementos fundamentales: *flexibilidad, interdisciplinariedad y desarrollo integral*.

Restrepo (2002) define la flexibilidad curricular como “el ofrecimiento de variadas actividades de formación a los estudiantes, dejándoles en libertad de diseñar parte del currículo”. También incluye en este contexto, la organización del currículo por ciclos, desde la formación técnica hasta los posgrados, y la flexibilización de los tiempos, espacios y medios de oferta de cursos y programas.

La *flexibilidad* puede entenderse como la capacidad del ser humano para adaptarse a las circunstancias cambiantes de su realidad material y espiritual, por lo tanto esta característica le permite evolucionar hacia estadios en los cuales puede sentirse mejor. En el presente, las telecomunicaciones, las políticas de globalización y de intercambio económico, cultural y académico, así como las características de la educación superior, ponen de manifiesto la necesidad de ser flexibles. Hacer flexible la educación superior significa hacerla más abierta, garantizando opciones renovadoras con respecto a lo que el país y el mundo están demandando. La flexibilidad debe propiciar la apertura de los límites entre las distintas áreas del conocimiento, superando la organización de asignaturas consignada en los currículos.

La educación debe también poseer un componente muy alto de flexibilidad en las didácticas que se usan para la formación. En concepto de Restrepo (2002) la flexibilidad pedagógica se refiere a “la apertura de formas didácticas de ambientar los aprendizajes que logren desdibujar la rigidez convencional basada en los métodos expositivos, reproductores del saber de los profesores y de los textos”. Pérez *et al.* (2001) señala que “a juzgar por el escaso debate tanto público como privado sobre la propia naturaleza de la educación universitaria, parece haber pocas discrepancias en las concepciones sobre el aprendizaje y la enseñanza en la comunidad universitaria. No obstante, quienes forman parte de esa comunidad, profesores y alumnos, están mayoritariamente insatisfechos con lo que pasa en las aulas. Tanto unos como otros saben que no se aprenden muchas de las cosas que se enseñan y no se enseñan muchas de las cosas que deberían aprenderse”. De acuerdo con esta realidad, la formación universitaria debe promulgar la apropiación del conocimiento a través de métodos de enseñanza que estimulen el pensamiento divergente, la discusión de teorías y la innovación en la solución de problemas. En la pedagogía de la educación superior debe exaltarse el papel del profesor como individuo portador de conocimiento, pero también debe promoverse la participación de los estudiantes en la construcción de su propio

saber y el desarrollo de habilidades del pensamiento, por ello debe insistirse cada vez más por una combinación del método expositivo y formas organizativas de la enseñanza-aprendizaje basadas en el aprendizaje por descubrimiento y construcción (didácticas activas). Mientras más flexible sea el contexto de enseñanza-aprendizaje, mucho más fácil será el progreso las metas y la concreción de los propósitos de formación que tenga un proyecto educativo.

Desafortunadamente, el aumento de la población que accede a las aulas universitarias y la excesiva proliferación de asignaturas, genera una tendencia a unificar los planes de estudio y los métodos de instrucción. Bajo estas circunstancias, muchos de los programas que se ofrecen en las universidades colombianas tienen planes de estudio rígidos, que no dan cabida a la introducción de cursos electivos que permitan la interacción con otras disciplinas, lo que resultaría de gran importancia para la formación integral de los estudiantes. Forero y Pardo (1999) argumentan “la uniformidad excesiva en los planes de estudio y la metodología conduce a un estancamiento que conlleva al estudiante a trabajar sólo para conseguir los créditos necesarios para graduarse o lo que es más preocupante, a la deserción”.

Eseiza y Ralón (2003) ilustran como “la deserción universitaria puede generarse por la falta de flexibilidad académica”. Esta manifiesta inflexibilidad, según los autores, “se entronca con el desarrollo puramente academicista de los programas de estudio, que alejan a la universidad de las necesidades reales de un país y de las posibilidades de inserción en el sistema laboral y de buena parte de la sociedad”. Un cambio vocacional tardío puede resultar en una gran pérdida de tiempo, de energía y dinero o hasta en la imposibilidad lisa y llana de hacer marcha atrás, redundando por añadidura en la temida deserción.

Sin embargo, no todo el panorama es desalentador, con la transformación curricular que se adelanta en varias instituciones educativas, y gracias a la activa orientación que en estos procesos vienen ofreciendo las escuelas de educación, se han registrado avances en esta materia. Las unidades académicas están trabajando en el ofrecimiento de cursos de contexto, en el establecimiento de alianzas con otros centros de educación superior, en la movilidad estudiantil y profesoral y en la búsqueda de políticas que permitan la excelencia académica y la acreditación de sus programas.

El estudiante ve la flexibilidad en la interacción de los saberes y esto da lugar a la introducción del segundo elemento clave en la formación universitaria: **La interdisciplinariedad**. Según Motta (2002) “la interdisciplinariedad tiene por objetivo transferir métodos de una disciplina a otra. En este sentido, la interdisciplina desborda a las disciplinas e incluso contribuye al nacimiento de nuevas disciplinas, pero sigue inscribiéndose dentro de los marcos y los objetivos de la investigación disciplinaria”. La interdisciplinariedad señala la manera como se ha estructurado el saber contemporáneo. Resulta imposible conocer una realidad sin el concurso de varias disciplinas.

Aún resaltando la importancia que tiene la interdisciplinariedad para el fortalecimiento de las diversas profesiones, la clasificación de los conocimientos por objeto y método propios se ha reflejado grandemente en las estructuras académicas universitarias, en los currículos, en la distribución de las profesiones y en la división técnica y científica del trabajo. En la formación que se entrega a quienes pasan por las instituciones de educación superior sigue predominando la enseñanza unidisciplinaria, en donde profesores y estudiantes incrementan su constancia a la disciplina hasta llegar a percibirla como una de las más importantes de la universidad. Esta estrecha concepción de la realidad genera limitaciones para que los egresados puedan responder a las problemáticas que están definiendo el nuevo siglo. En consecuencia, la formación universitaria debe reestructurar sus planes de estudio, privilegiando la participación de varios saberes, de tal forma que esta articulación disciplinar ofrezca mejores respuestas y soluciones a los complejos problemas del mundo contemporáneo. De acuerdo con Borrero (1994) “a la interdisciplinariedad corresponde, respetada la autonomía de las ciencias particulares y también de las profesiones, articularlas en mutuo acercamiento para la formación holística del hombre y la solución de los problemas sociales”.

Rozo (2004) señala que “nuestros egresados han hallado la complejidad en la práctica. La producción, los servicios y la sociedad en general son complejas, no obstante, lo que les damos como instrumental para aprender el universo son teorías deterministas, de causalidad lineal, de verdades establecidas, y con este bagaje se enfrentan a problemas complejos que resuelven con el sentido común”. En consonancia con el anterior autor, Max-Neef (2004) indica que “el último siglo ha sido testigo del surgimiento de la complejidad, del caos y de los procesos no lineales en muchas áreas de la ciencia, por lo que aunque parezca paradójico, quienes deben promover el cambio hacia una visión más sistémica son los académicos e investigadores de las propias universidades”.

La flexibilidad no sólo se asocia con la interdisciplinariedad, sino también con la formación integral de los estudiantes, otro principio de la educación moderna. **Formación integral** que se brinda no sólo desde el plan de estudios o actividades netamente académicas orientadas a la formación especializada, sino también desde actividades culturales, deportivas, políticas, económicas y sociales. En este sentido, las instituciones deben garantizar currículos más abiertos, donde los estudiantes puedan escoger, manteniendo lo imprescindible para instruirse en una profesión, asignaturas y espacios de formación en otras áreas de interés que le sirvan para su desempeño como individuos integrantes y constructores de la sociedad. En palabras de Restrepo (2002), “la universidad no debe pensar solamente en el amor a la ciencia, amor a la verdad, y en la formación intelectual e investigativa, sino también en el desarrollo humanístico integral a través de las dimensiones de la sensibilidad estética, de la formación ciudadana, del hombre culto y del sujeto que se comporta éticamente”.

Así, la formación integral no se limita a que la persona esté siempre por encima de la exigencia de la calidad y la excelencia académica, también involucra el fortalecimiento de la formación humanista. De esta forma, la educación consolida su dimensión formadora porque trabaja en la construcción de valores humanos, de hombres responsables, solidarios y respetuosos. Los profesores, además de ilustrar en la disciplina, deben contribuir a que los jóvenes bajo su orientación, puedan integrarse a la sociedad como personas críticas, tolerantes y con la madurez suficiente para tomar sus propias decisiones. Isaza *et al.* (2005) sostienen “la construcción de la autonomía moral, entendida como la posibilidad de asumir reglas de convivencia ha de estar relacionada con la construcción de la autonomía intelectual, es decir con la libertad de preguntar, discutir, criticar y disentir. La formación como una acción que trasciende la simple profesionalización, se sitúa en la vía de la formación del maestro como intelectual, como humanista y como hombre público”.

Universidad y sociedad

La universidad debe caracterizarse por su excelencia académica e investigativa, con el fin de presentarse como una institución más preparada para responder a los múltiples cambios que se dan en la sociedad, entre ellos, la globalización, el avance de la ciencia, el desarrollo tecnológico, la falta de oportunidades para acceder a los servicios de salud y educación, la violencia, el aumento de la pobreza y el desempleo.

Cuando se da inicio a un programa académico, el estudiante reconoce la necesidad de aprobar un número definido de créditos académicos para optar a su titulación, sin embargo, estos elementos, más que una medida del tiempo de permanencia en los claustros universitarios, debe dar cuenta de la actividad independiente del estudiante para su próspera formación. El objetivo no consiste en aislar a los estudiantes de las posibilidades del entorno sociocultural, sino al contrario, de contextualizarlos con la dinámica nacional y mundial, con el fin de que ellos logren ser más autónomos en su proceso de formación. En otras palabras, si bien el sistema de créditos es necesario para tener alguna equivalencia con los restantes centros de educación a nivel nacional e internacional en todos los niveles de formación, la universidad estará cumpliendo a cabalidad con su servicio de educación superior en la medida en que brinde a sus estudiantes la oportunidad de conocer y explorar las dimensiones del mundo externo, en el cual, a futuro, extenderán su labor profesional y proyectarán sus valores. De acuerdo con Forero y Pardo (1999) “la sociedad del conocimiento involucra contextos en los que se

construye el conocimiento en forma permanente, lo que incluye una diversidad de comunidades académicas, asociaciones, agremiaciones, empresas y diferentes niveles y modalidades del sistema educativo”.

En los centros universitarios se debe fomentar la educación para la paz, máxime en una sociedad donde las continuas violaciones de los derechos elementales así lo precisan. De acuerdo con Pérez (sf.) ”la educación para la paz deber ser un tema transversal del currículo, por lo tanto ligado a todas las áreas, teniendo como prioridades educativas el trabajo pedagógico de la autonomía, la solidaridad, la tolerancia y el afrontar los conflictos de forma no violenta. La educación para la paz no es compatible con el individualismo, la falta de solidaridad y la competitividad, y le exige al profesor una gran coherencia entre la forma de educar y la de vivir”. Justamente en este último punto es importante hacer énfasis, porque el profesor educa no sólo a través de la transmisión de teorías, sino también con su forma de actuar. El medio más eficaz es crear en su propia clase y en su entorno laboral un clima de paz, comprensión y convivencia amistosa, sin el cual no puede ejercer su función formadora. Se sabe que la academia es un espacio de relaciones humanas complejas en donde se presentan las tensiones asociadas al reconocimiento y a la competencia. Hernández (sf) sostiene que “el reconocimiento académico da movilidad y visibilidad. En cuanto sujetos sociales movidos por intereses vitales prácticos, los académicos son tan competitivos como cualquier grupo humano afectado por la lógica arrolladora del orden económico capitalista”. No obstante, un académico identificado con los valores, a pesar de su natural condición humana de ser reconocido por su trabajo, considera que la pacífica convivencia y la eficaz colaboración hace parte fundamental de su relación con los otros, y que la disposición a enseñar y a compartir ideas y conocimientos es una cualidad sin la cual no podría cumplir sus labores.

La formación del docente en la educación superior

Ya se ha insistido en la importancia de la formación integral del estudiante por medio de la flexibilidad curricular y pedagógica, la interdisciplinarietà y la formación en valores. Es hora de reflexionar sobre la importancia de la formación del capital humano que hace parte de las universidades en calidad de docentes.

Es necesario resaltar que para iniciarse en la docencia a nivel superior, además de cubrir los requisitos de ingreso propios de cada institución educativa (elevada preparación, competencia y especialización), debe existir una actitud de progreso y apropiación de su quehacer profesional, además de lealtad por la institución que representa y por las funciones que le han sido encomendadas para impactar la sociedad a través de la formación del capital humano. No obstante muchos de los profesores que prestan su servicio a la educación superior no tenían perfilado esta actividad en su vida laboral, y por lo tanto, no están suficientemente preparados para asumirla; de ahí la importancia de su capacitación por medio de cursos, talleres, diplomados o especialidades en el ámbito psicopedagógico. Plantear estas alternativas de formación de docentes para las instituciones educativas permite construir modelos educativos flexibles y pertinentes, enfatizando la capacidad del individuo para enfrentar y administrar los cambios.

Maris (2003) concibe la capacitación como “un medio para desarrollar la capacidad del docente a la reflexión y a la toma profesional de decisiones en el aula. Esta capacitación se entiende como un proceso formativo que comprende un conjunto de experiencias positivas reales, estrategias para desarrollar habilidades de análisis y síntesis y un espacio donde los docentes encuentran posibilidades y no límites en su práctica cotidiana”. Por su parte, Hernández (2003) señala que “el papel que desempeña el profesor en la complejidad de la vida en el aula requiere reconocer la conducción de los procesos de enseñanza y aprendizaje, de la asignatura objeto de instrucción, de las finalidades y objetivos que persigue la educación, de las características de los alumnos y del contexto institucional; todo ello objeto de análisis en la capacitación de los enseñantes”.

A través de su formación en docencia y pedagogía, los profesores podrán tener mayor capacidad de reflexión sobre su actuación, de ser facilitadores de esfuerzos individuales y grupales y de conducir el aprendizaje y la creatividad de sus estudiantes. No obstante, a pesar de la cantidad y la calidad de los cursos ofrecidos, no existe un modelo de enseñanza único, sino que cada docente elabora sus propias estrategias para abordar el proceso educativo, en donde es importante no dejar de lado características como ser reflexivo, innovador y responsable.

Pérez (sf) señala una serie de cualidades que deben caracterizar al profesor, por lo que invoca: “el profesor en el plano del aprendizaje debe ser coordinador, multiplicador de experiencias e investigador. En el plano de los comportamientos, debe ser *creador de confianza y estímulo en el alumno*, generador de confianza en sus propias posibilidades, para así fomentar un autoconcepto positivo; *cooperativo*, trabajando con otros con el fin de conseguir objetivos comunes; *crítico*, capaz de analizar críticamente la sociedad con el fin de ayudar a los alumnos a desarrollar hábitos de pensamiento objetivo y analítico; y *humano*, capaz de establecer relaciones con los demás”.

Finalmente es interesante conocer el planteamiento de Isaza *et al.* (2005), quienes sostienen que “la práctica pedagógica debe ser asumida desde un enfoque investigativo, de modo que el maestro revitalice su quehacer, lo resignifique y lo aleje de la rutina”. Por tanto, la propuesta de formación de profesores deberá basarse en la práctica pedagógica y fundamentarse en la investigación como punto de articulación entre el saber pedagógico y el saber disciplinar. La importancia del perfil investigativo articulado a la docencia radica en que la concepción de la enseñanza de las ciencias como producto acabado con carácter enciclopédico y dogmático es obsoleta. Antes que nada hay que recordar que nuestros estudiantes son seres sensibles y que el diálogo educativo consiste en hablar como ciudadanos, pares académicos.

Consideración final

La educación se está convirtiendo en un conjunto de procesos abiertos y flexibles, por lo cual su mayor aspiración ha de inclinarse sobre la necesidad de aprender a aprender, aprender a pensar, aprender a enseñar, aprender a investigar, aprender a ser mejores seres humanos. Esta transformación de la educación ha estado marcada por el derrumbe de las verdades absolutas y por las necesidades cambiantes de una sociedad que no demandan profesionales que tengan el dominio pleno de los conocimientos específicos de su disciplina, sino de personas integrales, con capacidad intelectual y formación en valores. En este sentido urge transformar la enseñanza y el aprendizaje del que enseña y del que aprende, lo cual sólo se logra cuando los propios actores, estudiantes y profesores, tomen conciencia de la importancia de su quehacer en la sociedad.

Agradecimientos

Este trabajo es producto de la reflexión que tuvo lugar en la asignatura "Pedagogía y Universidad" del programa de Doctorado en Ciencias Animales de la Facultad de Ciencias Agrarias de la Universidad de Antioquia y contó con el estímulo y la revisión crítica del profesor Dr. Jorge Ossa Londoño. A él mis más sinceros agradecimientos.

Referencias

Borrero C., Alfonso. La corporación o comunidad universitaria. Su desarrollo histórico. Simposio permanente sobre la Universidad. Conferencia XXIX. Bogotá: Universidad Javeriana, 2004. 20 p.

Borrero C., Alfonso. Política y Gestión Universitaria. Tercera parte: La Interdisciplinariedad (Conferencia). Universidad del Valle. Abril de 1994. 67 p

Eseiza, Maria Cristina y Ralón Laureano. El fuego debe calentar de abajo. Weblog de educ.ar .2003. URL: <http://weblog.educ.ar/site/archives/000295.php>

Forero Rodríguez, Fanny y Pardo Novoa, Alberto. Mejorar la docencia universitaria. Tomo II. Santafé de Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 1999. 195 p.

Hernández, Carlos Augusto. sf. Cultura académica y disciplinas. Profesor Universidad Nacional de Colombia.

Hernández Madrigal, Pastor. Formación docente en educación superior: la experiencia de un modelo de intervención. Revista digital de educación y nuevas tecnologías. Contexto Educativo. 2003. URL: <http://contexto-educativo.com.ar/2003/3/nota-05.htm>

Isaza, Luz Stella; Henao Berta Lucila y Gómez, María Edilma. Práctica Pedagógica: Horizonte intelectual y espacio cultural. Medellín: Universidad de Antioquia. 2005. 253 p.

Maris Santos Stella. La capacitación docente. Weblog de educ.ar .2003. URL: <http://weblog.educ.ar/site/archives/000126.php>

Max-Neef, Manfred. Fundamentos de la transdisciplinariedad. En: Lectiva. Asociación de Profesores, Universidad de Antioquia. Medellín, 2004, No. 6-7, p. 105-117

Motta, Raúl. Complejidad, educación y transdisciplinariedad. Revista Académica de la Universidad Bolivariana. Vol. 1, No.3, 2002. p1-21. URL: <http://www.revistapolis.cl/3/motta3.pdf>

Pérez Serrano, Gloria. s.f. Cómo educar para la democracia. Estrategias educativas. En: Reflexiones pedagógicas Santillana. p.1-9

Pérez, María del Puy y otros. Las concepciones sobre el aprendizaje en los estudiantes universitarios: El aprendizaje como producto o como proceso. En MONEREO Y POZO (compilaciones). Las estrategias de aprendizaje en la universidad. Barcelona: Paidós, 2001

Restrepo Gómez, Bernardo. Calidad y flexibilidad en la educación superior. Participación en Foro de la Universidad de San Buenaventura, Sede de Cartagena. Julio 31 de 2002. 13 p. URL: <http://lau.unaula.edu.co/unaula/facultades/contaduria/archivospdf/documentoscambioscurriculares/califlexeduca supe.pdf>

Rozo Gauta, José. La inter-trans-multi-disciplinariedad. En: Lectiva. Asociación de Profesores, Universidad de Antioquia. Medellín, 2004, No. 6-7, p. 85-103

